

Rodríguez Bermejo. Cuando por fin llegan al Nuevo Mundo, descubren muchos indios blancos, descendientes de viajeros europeos anteriores. El autor trata de demostrar que Colón no pensaba nunca en viajar a Cipango o a Catay, que él sabía perfectamente que se encuentran en un mundo nuevo. Siguen los misterios (¿por qué desaparece Martín Alonso Pinzón durante mucho tiempo?, ¿por qué se hunde la *Santa María*?, ¿por qué eligen una ruta diferente para el viaje de vuelta?, ¿qué significa la escala polémica en Portugal?, ¿por qué demora Colón dos meses antes de presentarse a los Reyes Católicos...?). Un solo capítulo se dedica a los otros viajes de Colón, donde aparecen dos de sus hermanos (además de un viaje adicional, desconocido), al papel de Américo Vespucio, etc. Termina el libro con "Nadie conoce su tumba", con las teorías sobre algunos lugares en Sevilla, en Santo Domingo, etc., también basado en investigaciones científicas de los últimos años.

Para el autor, Colón es "el almirante sin rostro", "sin facciones", porque sobre él no sabemos casi nada con toda seguridad. Existe una mano negra que borra muchas huellas importantes en la vida de Colón, pero existe también una mano enguantada que le facilita contactos de suma importancia. Tanto en los textos de Cristóbal como en los de su hijo Hernando abundan las mentiras intencionadas que sirven para encubrir la verdad o para glorificar al descubridor. Fernández Urresti presenta una imagen relativamente negativa del carácter de los Colón. Durante la lectura del libro y también después de terminarla, el lector vacila entre sentimientos negativos (con respecto a lo que le parece exagerado, a las intercalaciones demasiado personales del autor) y sentimientos positivos (el análisis detallado y documentado de gran parte de la vida de Cristóbal Colón). De toda manera, el que hace la

reseña de este libro tiene ahora una imagen bastante diferente del famoso "genovés" y le quedan muchísimas dudas más que antes de dicha lectura.

*Rudolf Kerscher*

**Fernando Durán López: *José María Blanco White o la conciencia errante*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara 2005. 646 páginas.**

No son todavía abundantes los estudios sobre la vida y la obra de Blanco White, pese a ser uno de los nombres más relevantes del pensamiento crítico español y aun cuando resultaría exagerado referirnos a él como a un autor aún "maldito". El presente volumen contribuye en este sentido a llenar una laguna que sólo parcialmente ha sido cubierta en las décadas más recientes por revisiones como las de Manuel Moreno Alonso, Eduardo Subirats, André Pons o Martin Murphy, entre otros, sin olvidar los trabajos anteriores y en cierto sentido "redescubridores" de Vicens Llorens y Luis Goytisolo. Se trata de un volumen singular, tanto en su formato como en sus contenidos. En lo primero porque no es —ni pretendo serlo, como aclara el autor al comienzo— una biografía en el sentido estricto o convencional del término —tal y como pudiera parecer a primera vista— sino un ensayo biográfico. Es decir, un recorrido cronológico por las etapas vitales de Blanco White que rastrea las fuentes, los contextos y los motivos de su propia obra, misma que a su vez arroja luz sobre esa vitalidad; todo ello ligado además a una interpretación del sentido y la significación de esa vida y esa obra mutuamente implicadas. Es decir, se trata de un enfoque particularmente sugerente desde un punto de vista hermenéutico, aun

a costa de prescindir de algunas exigencias propias del género académico o historiográfico estrictos como puedan ser la prolijidad de notas a pie de página y el consiguiente aparato crítico. No es ésa la intención del autor y no por ello carece su libro de rigor ni deja de traslucir un trabajo paciente, documentado y rebosante de lecturas previas.

Pero dicha singularidad se aprecia también en los contenidos de la interpretación que se propone y que, cuestionable en mucho o en poco, concordante o no con las expectativas del lector, se va desarrollando en torno a hilos conductores sólidos. Se desmarca así de lecturas de Blanco White más o menos conocidas como aquélla que pone el énfasis en el sentido crítico y negativo de su escritura; o aquella otra que pone el acento en el trauma del atraso español y en el anhelo por resolverlo. En diálogo crítico con éstas y otras interpretaciones, incide mayormente en el sentido constructivo de dicha escritura, latente incluso cuando expresa inconformismos de toda índole o retratos mordaces de ambientes, costumbres y mentalidades, y finalmente explícito en los años finales de Blanco White, en Liverpool, tras su adopción del unitarismo. Libertad y verdad, en el universo hermenéutico de Blanco White —señala con frecuencia el autor— son entonces conceptos irreductibles a pura negatividad crítica, adquiriendo también una significación afirmativa que, si bien no debe confundirse con definiciones substantivas o dogmáticas, sí resolverían una angustiosa y prolongada inquietud por conciliar de alguna manera la autonomía insobornable de la razón y la apertura religiosa a la trascendencia; inquietud que el autor tiende a situar en un primer plano, relativizando así la preocupación hispanista. Por eso su recorrido se detiene mayormente en la etapa inglesa de Blanco White, especialmente en su último

periodo, en el que esa inquietud llega a su madurez entre soledades, enfermedades y precariedades económicas, pero también entre la ganancia de un cierto equilibrio interior y un cierto rescate de la propia subjetividad.

Ello no obsta para que el itinerario seguido a lo largo del libro repare ampliamente en la etapa española, al que se dedica la primera parte (“Vida de Blanco”). Se suceden así las imágenes de su infancia recluida y del ambiente opresivo e integrista de sus entornos; su vocación ilustrada, tempranamente despertada por sus lecturas de Feijoo y frustrada desde el primer momento por esos mismos entornos, el universitario entre ellos; su refugio en la literatura, el estudio y la amistad tertuliana, junto a Quintana entre otros; su tormentosa ordenación sacerdotal y su agitada vida íntima; su paso por el Instituto Pestalozziano y su traumática relación con Godoy; o su liberalismo revolucionario, marcado por sus lecturas de la ilustración francesa y asimismo frustrado, en el horizonte de las luchas de independencia, por las reticencias, ambigüedades e hipocresías del liberalismo peninsular dirigente. La segunda parte (“Vida de White”), mucho más extensa, comienza con su controvertido auto-exilio en Londres y recoge su compleja evolución ideológica, política y religiosa, en medio de sus innumerables avatares personales y de una fecundidad literaria inagotable. Así, su conversión al anglicanismo y la moderación de su liberalismo bajo la influencia de Lord Holland; su crítica no obstante lacerante de la intolerancia religiosa y del atraso hispánico desde las páginas de *El Español*; su posterior deslizamiento hacia posturas más conservadoras, muy comprometidas en los debates político-religiosos británicos de la época; y su rechazo del clericalismo anglicano para encontrar cierto sosiego en la teología unitarista.

Todo ello al hilo de una constante referencia a su amplia obra, cuyo sentido eminentemente autobiográfico va despejando sujetos diversos y a menudo contradictorios, aunque siempre entrelazados: el yo íntimo; el sujeto que no puede crecer en la atmósfera integrista hispánica; el pensador moderno que calibra una y otra vez las tensiones entre religión y razón, y, en el fondo de todo lo anterior, la conciencia errante inscrita en la condición humana misma.

*Antolín Sánchez Cuervo*

**Josep Fontana: *De en medio del tiempo. La segunda restauración española, 1823-1834.* Barcelona: Crítica 2006. 567 páginas.**

Por mucho tiempo la historiografía española descuidó la “década ominosa” caracterizándola en la mayoría de los casos indiferenciadamente como período de paralización (“de en medio del tiempo”) y de enfrentamiento. Entretanto han aparecido unas obras excelentes sobre aspectos particulares del período. Pero una descripción general de la década, basada en la investigación más reciente, se ha hecho esperar largo tiempo. Ese mérito pertenece ahora a Josep Fontana que, basado en una riqueza impresionante de fuentes y de bibliografía, ha presentado una síntesis muy legible en la que el autor pone en evidencia sus 35 años de investigación. Por desgracia no hay mapas u otras ilustraciones que podrían facilitar la lectura del texto. La obra examina los últimos diez años del gobierno de Fernando VII, un fragmento de la “Sattelzeit” (R. Koselleck), el período transitorio del antiguo régimen al mundo moderno. En 17 capítulos el autor pone en duda la interpre-

tación tradicional del período como enfrentamiento entre absolutistas y liberales y la reducción de éste a una “época de horror y de ignominia para la nación” (p. 366).

Partiendo de la reorganización de Europa en el Congreso de Viena, Fontana inicia al lector en la movida historia del continente en medio de revolución y restauración centrándose en la ola revolucionaria de los países mediterráneos en 1820-21 (Cap. 1). Fontana explica el éxito de la invasión de los “cien mil hijos de San Luis” por la corrupción de muchos oficiales españoles por los franceses, la escisión interior de los liberales, la —en la opinión de los campesinos— insuficiente política agraria y la ausente movilización de las masas en el campo (Cap. 2).

El restablecimiento del absolutismo en octubre de 1823, la segunda restauración española, produjo represión y violencia, cárceles repletas y la fuga de muchos liberales al exilio (Caps. 3 y 4). La contrarrevolución, formada de altos funcionarios, oficiales y miembros del clero, a los cuales Fontana llama “los apostólicos”, colaboró con los desilusionados grupos marginales de la sociedad como los artesanos sin encargos o los campesinos arruinados (Cap. 5). El procedimiento riguroso contra los representantes del Trienio condujo en breve al fraccionamiento entre los ultras y los absolutistas moderados con respecto al orden público, a una amnistía general, a la depuración y la construcción de una nueva administración, de un nuevo ejército y de un eficaz régimen fiscal para controlar la situación catastrófica financiera después de la pérdida de las colonias (Caps. 6 y 7). Pero los gobiernos de absolutistas moderados se vieron expuestos a gran presión de ambos lados, quedando casi incapacitados para actuar (Caps. 8 y 9). Al ambiente político difícil, perturbado por conspiraciones, se